

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

-Cambiar los corazones, el 2 de diciembre.....	365
-Adviento, el 9 de diciembre.....	367
-La nueva humanidad, el 16 de diciembre.....	368
-La grandeza de lo pequeí, el 23 de diciembre.....	369
-Familia: Vocación auténtica y profunda, el 30 de diciembre.....	371

II. Homilias

-Solemnidad de la Inmaculada Concepción.....	372
-Ordenación de diáconos y presbíteros, el 16 de diciembre.....	374
-Natividad del Señor.....	377

Secretaría general

I. Decretos

A) Aprobación de estatutos

-Hermandad Cofradía de «La Santa Vera Cruz», de Torrijos.....	381
---	-----

B) Otros decretos

-Erección de la Asociación de las “Hijas del Amor Misericordioso” en Ocaña..	382
--	-----

<i>II. Nombramientos.....</i>	383
-------------------------------	-----

<i>III. Sagradas Órdenes.....</i>	384
-----------------------------------	-----

<i>IV. Ministerios Sagrados.....</i>	384
--------------------------------------	-----

<i>V. Nuestros difuntos.....</i>	385
----------------------------------	-----

Año CLXXII - Núm. 11

Diciembre 2018

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

CAMBIAR LOS CORAZONES

Escrito dominical, el 2 de diciembre

Es tiempo de Adviento, lo que significa que es tiempo de esperar a Jesucristo, pero haciendo examen; Él trae la buena nueva de su salvación, pero también la mala nueva al que no le acepta o vuelve su espalda y su interés al Reino/reinado que Cristo nos ofrece. La virtud de la esperanza define este tiempo, y también la vigilancia ante tantas realidades vacías de contenido que se nos ofrecen para “ser feliz”. La Palabra de Dios en la Liturgia del Adviento, pues, nos ofrece contenido suficiente como para disponer nuestro espíritu a la salvación que nos trae Jesucristo. Salvación que comienza con su Nacimiento, plenitud de lo que Dios prometió, y termina con su segunda venida, que es verdad también de nuestra fe, de nuestro Credo.

Si este tiempo requiere reflexión, examen y tomar decisiones, esto mismo, y otras muchas declaraciones y decisiones, piden muchos cristianos a los Obispos de España. Tienen derecho, sin duda, a que los sucesores de los Apóstoles hablen claro y orienten a los hijos de la Iglesia en cuestiones complejas como las que está viviendo nuestra sociedad española en la actualidad. No debemos rehuir este reto los Obispos y, aunque sea complejo, intentar dar luz a cuantos necesiten de la claridad de la fe, que informa la vida. El Pueblo de Dios lo necesita, ciertamente. Orad por nosotros para que respondamos a nuestra vocación de guías y acompañantes de los hijos de la Iglesia.

Pero encuentro un peligro justo en este horizonte de nuestra actualidad eclesial y cultural: que los católicos busquen la solución de todo solo en lo que digan los Obispos en esta o aquella cuestión debatida, oscura o susceptible de

decisión. Peligro porque cada miembro del Pueblo de Dios, de cada hijo de la Iglesia, ha de tomar su decisión y no esperar a lo que diga el líder, en este caso el Obispo, como si de un partido político se tratara. ¿Dónde está la gracia y la fuerza de la vida resucitada que todo cristiano recibe en su Iniciación Cristiana para orientar su vida, haciendo el esfuerzo normal de su educación en la fe? ¿Para cuándo el papel que los fieles laicos tienen en la vida pública? ¿Cómo no considerar importante lo que éste o aquel grupo o movimiento cristiano propone para dar luz en cuestiones oscuras o difíciles?

No se trata de eludir la responsabilidad de los Obispos en la comunidad cristiana; se trata de que haya comunidad cristiana que tenga fuerza interna para dar testimonio de la fe en las cuestiones debatidas y que necesitan respuesta. Se trata de una acción de la comunidad cristiana que vive la comunión eclesial, reza junta y pide luz al Señor, para que el testimonio del Evangelio sea significativo en el conjunto de la sociedad en que vivimos. Por supuesto que el obispo debe también hacer su tarea de iluminación de la comunidad diocesana.

No hace falta, en muchos casos, que se pronuncie siempre y únicamente el Obispo. Podemos poner un ejemplo: Si en España, en Cataluña, hace más de un año que se produjo el hecho grave de atentar contra la legalidad constitucional, aunque sea tema complejo y delicado, ¿no tienen los católicos razones suficientes para juzgar ese hecho? ¿Por qué tiene que ser el Obispo el que emita su opinión, como si el resto del Pueblo de Dios no supiera nada de un tema que tanto interesa a la sociedad española? La Constitución de 1978 fue votada por la inmensa mayoría de españoles, también en Cataluña. ¿No tienen capacidad nuestros cristianos para saber que se ha de salvaguardar la Constitución, de forma democrática, sí, pero sabiendo que romper el orden constitucional es grave? Igual criterio, creo yo, ha de tenerse si esa ruptura viene de otros ámbitos, y lugares u opciones políticas.

Otras muchas situaciones delicadas están también en el juicio y la decisión de los católicos: el aborto, la eutanasia, la ideología de género, el consumismo feroz, la libertad religiosa y educativa, la libertad de los padres para elegir la educación moral de sus hijos. Son muchas las veces que los Obispos hemos hablado sobre estos temas. También sobre lo intolerable de la pederastia, cometida por quien la cometa, sean eclesiásticos o no. Pero la solución no está solo en las palabras: han de cambiar los corazones. E implicarse en conocer y mostrar la doctrina de la Iglesia Católica.

ADVIENTO

Escrito dominical, el 9 de diciembre

Leí hace ya muchos años que es bonito caer en la cuenta de que vivir es casi lo mismo que esperar. Podemos hacer la prueba nosotros mismos: quitamos de nuestra mente todo lo que sea proyectar y preparar lo que está delante del momento presente, y nos quedamos sin previsiones, sin deseos, casi sin razones para vivir. La vida sin esperanza es una vida bloqueada, cautiva, derrotada. Es una vida sin relieve, aburrida. En cambio, una vida esperanzada es una vida abierta, que supera la caducidad de cada momento y se afirma continuamente con la fuerza creadora de la libertad y del deseo, mirando hacia adelante. Ejemplos de estos dos modos de vida vemos continuamente entre nosotros. Y, ¡cuánto cuesta levantar el ánimo de personas que se no ven aliciente para vivir!

Hoy es ya el segundo domingo de Adviento, tiempo de esperanza. Los que tenemos la suerte de creer en Dios y de contar con Él en nuestra vida, vivimos siempre con una gran esperanza por delante. Es más, creyendo en el Dios vivo los hombres aprendieron a esperar. Los que creyeron en Dios y se fiaron de Él esperaron primero lo que el Señor prometía, que aclaraba los enigmas fundamentales de la existencia en el Antiguo Testamento. Y una vez que con Jesús de Nazaret llegó el Mesías, seguimos esperando que todo lo que se manifestó en Él se cumpla también en nosotros. Es verdad, la relación nuestra con Cristo no es un frío contacto; es tal que los misterios de su vida, es decir, lo que en su vida de Hijo de Dios y de Hombre verdadero aconteció, pueden suceder también en nuestra existencia hoy. Esto es posible porque sus acciones salvadoras –sobre todo su muerte y resurrección, pero también su nacimiento y su última venida– no son agotadas: la fuerza de su resurrección es inagotable.

Quiere esto decir que no esperamos ahora, en Adviento y Navidad, sin saber qué nos va a pasar. Sabemos qué esperamos: el encuentro con Jesucristo. Aunque nuestra vida terrena se gaste y se desmorone, estamos convencidos de que hay mucha vida por delante: tenemos abiertas las puertas de la inmortalidad, al vivir más intensamente, creciendo en la vida, en el amor, en la fraternidad, en el servicio en las buenas obras. Lejos de nosotros el pesimismo, porque el mundo puede cambiar y mejorar, pero esperando desde dentro de nosotros, con la fuerza de Dios y nuestro esfuerzo personal. Les recomiendo para estos días antes de Navidad que lean despacito, en la Carta a los Romanos, el capítulo 8, en la Carta a los Efesios, los capítulos 1-2 y, en la Carta a los Colosenses, los capítulos 2-3. Todos hablan de la esperanza cristiana, y en ellos verán cómo se descubre hoy la actualidad y la vivacidad de la esperanza.

Claro está: esta esperanza cristiana no sucede cuando nos dejamos domi-

nar por las cosas de este mundo, o cuando solo las diversiones llenan nuestra vida de la mera diversión o el juego, o cuando solo el trabajo absorbe nuestro interés. Fácilmente perdemos entonces el horizonte de Dios y las verdaderas dimensiones de nuestra vida. Quien vive sin Dios termina viviendo sin esperanza, sometido al engranaje anónimo de la vida sin sentido ni dirección. Es la fe la que cura la desesperanza. Y quien espera tiene así razones para luchar, porque los bienes que esperamos alcanzar, y de los que ya gustamos, nos hacen amables las duras horas del trabajo o de los sinsabores. Mi convicción es que vale la pena vivir, porque cada día pregustamos la felicidad que esperamos conseguir. En la tierra y en el cielo.

LA NUEVA HUMANIDAD

Escrito dominical, el 16 de diciembre

Las semanas del tiempo de Adviento nos están ayudando a vivir nuestra vida personalmente y la historia de la humanidad como espera y esperanza. Yo deseo que, después de miles de años (aproximadamente 2018), Navidad sea palabra elocuente de Dios que ilumine definitivamente nuestra vida. Pero, para que esto sea posible, tenemos que preparar la Navidad no con luces y espectáculos, como hace la cultura dominante, porque ese tiempo de preparación, curiosamente, muchas veces acaba el 24 de diciembre con la Nochebuena. Dejemos ya la fácil celebración que poco tiene que ver con la entraña del Nacimiento del Hijo de Dios.

Navidad puede entenderse como el término de la creación del ser humano al nacer Jesús, Hijo del hombre, o, si quieren, es el principio de una humanidad nueva y diferente, que no llega si uno no se prepara a ello: nace Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne, como un hombre nuevo. Él despliega su propia humanidad de forma nueva, original, de modo que el Espíritu de Dios le lleva a Jesús a vivir de otra manera. La humanidad comenzó oscuramente hace millones y millones de años. Y lo que se atreve a decir la Iglesia es que ahora, cuando nace Jesucristo, las cosas empiezan de nuevo, desde la claridad y la plenitud, desde la perfección suprema de la humanidad.

Jesús es el hombre nuevo y perfecto. No tenemos que esperar a otro. Celebrar la Navidad es celebrar la inauguración de una nueva forma de ser hombre y mujer, que es cabal y verdadera, que nos renueva cada año. La novedad de Jesucristo está en la convivencia de Éste con Dios como Padre cercano y en el reconocimiento del amor fraterno como norma suprema y permanente en todos los momentos y todas las circunstancias de la vida.

¿Cómo es esto posible? ¿No han pasado ya demasiados años de ese nacimiento y

estamos un poco cansados de celebrar, año tras año lo mismo? En absoluto, porque el que nace no es cualquiera; es uno que ha resucitado, después de entregar su vida por nosotros. Está con nosotros hasta el fin del mundo, hasta que vuelva glorioso desde Padre de los cielos, pues está sentado a su derecha. Desde Él, por la fe y la celebración de los Sacramentos en la Liturgia de la Iglesia, cada uno de nosotros y todos juntos, puede renacer, como mujeres y hombres nuevos edificando nuestra vida sobre la verdad firme y segura del amor de Dios y del prójimo en comunión con Cristo, nacido de la Virgen María.

Todo esto es tan grande y tan importante que los católicos no podemos dejar que se nos escape de las manos el gran sentido de la Navidad Cristiana. A veces tiene uno la impresión de que la Navidad la han inventado los comercios, o la publicidad, y que empieza cuando el Ayuntamiento enciende las luces. Eso tendría que ser la consecuencia, no el origen.

Para no perder el tesoro religioso y cultural de la Navidad, ante todo hemos de intentar vivirla como recuerdo de un acontecimiento real que nos afecta profundamente: el Hijo de Dios, hecho hombre, nació de la Virgen María, en Belén, para ser el Salvador de la humanidad entera. De esta fe, de esta certidumbre, nace la alegría, la fiesta, todas las entrañables tradiciones que llenan la Navidad de cálida humanidad. Sabiamente celebra el Rito Hispano-Mozárabe a Santa María, Madre de Dios, el día 18 de diciembre, antes, pues, del 25. Así podemos vivir semejante regalo: Cristo Jesús, ante el que palidecen los demás regalos de estos días.

Una Navidad bien vivida tiene que ser un tiempo de oración y piedad, de renovación y acción de gracias. Hay que ir a la “misa del gallo” o la misa de la fiesta del 25 de diciembre; hay que vivir el mensaje de fraternidad y de paz que Cristo trajo a la tierra, para que brille de alguna forma esta luz de la nueva humanidad inaugurada por Jesús. Quien no celebra así la Navidad se pierde lo mejor. Es fecha también en la que no podemos olvidar a nuestros seres queridos, ni tampoco el sufrimiento de muchos hermanos. Cada uno de nosotros tiene que ver qué puede hacer en Navidad por aliviar el dolor de su prójimo. En los brazos de María encontramos al Niño cuya venida estamos preparando.

LA GRANDEZA DE LO PEQUEÑO

Escrito dominical, el 23 de diciembre

El relato de la Navidad en la Misa del gallo es conmovedor. Con él quiero acercarme a ustedes, comentando este texto evangélico. Así, además, les felicito la Navidad desde estas páginas de “Padrenuestro”, tan cerca ya de esta entrañable fiesta cristiana. En el texto de san Lucas (2, 1-14) se nos narra un

“hecho de estado”, o, si quieren, un hecho “majestuoso”, que preocupaba mucho entonces en el Imperio Romano. El emperador, en efecto, da un decreto ordenando que se haga un censo en todo el mundo. Y, claro, todo el mundo estaba preocupado por eso. Y ahí, precisamente en medio de todo, nace un Niño.

Llama la atención cómo el relato va pasando de lo grande, de lo poderoso, a lo pequeño, a lo sencillo, a lo humilde. Grande es incluso el coro de los ángeles, que, de alguna manera, manifiesta la gloria de Dios. Pero cantan “gloria a Dios –al único que hay que adorar y glorificar– y paz a los hombres”. En medio de esa grandeza humana (la del emperador) y la grandeza celestial (la de los ángeles) hay signos de sencillez: unos pobres pastores que cuidaban de sus ovejas por turno durante la noche. Pero precisamente es a estos “sencillos” a quienes se les anuncia una gran alegría: “Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Esta manera de narrar del evangelista pienso que nos indica la pasión de Dios por los humildes y los sencillos. Es también un rasgo del evangelio de san Lucas, como nos muestra en otros lugares de su narración evangélica. Y creo que se trata, por ello, de un deseo de subrayar la pasión de Dios por aquellos que son pacíficos, que no tienen pretensión de ser más que los demás y desactivan de este modo uno de los orígenes de tantas guerras. Sí, es la pasión de Dios por la humildad; la pasión de Dios por la sencillez. La sencillez que le hace a uno mostrarse como es, la que no maquilla el alma y la persona para engañar o conseguir ventajas. La sencillez que está para servir, que está para adorar, que está para sentirse uno con los demás, un hijo de la Iglesia, pueblo de Dios.

Hermanos, pienso que aquella noche también Dios Padre la pasó en vela, como María y José, como los pastores, cuidando de lo sencillo, lo pequeño. Permítasenos expresarnos así respecto de las personas divinas. Dios está siempre cuidando de lo más sencillo y más elemental que tenemos los hombres: la vida.

Por eso, quisiera pedirle a Dios que, en medio de tantas pretensiones humanas, que hacen zozobrar la paz de las personas; en medio de tanta soberbia y petulancia que nos acecha por todos lados –incluso en nuestro propio corazón, donde somos tentados– quisiera pedirle a Dios Padre que nos haga repetir otra vez en esta Navidad: “Mirad la señal de esta noche: un Niño recostado en un pesebre”. ¿Por qué se quiere tantas veces ocultar esta realidad, haciendo de la Navidad una mera expresión cultural, que aburre? Muchas luces en calles y plazas, muchos deseos de felicidad sin saber dónde se encuentra ésta no ocultan el cansancio de nuestra sociedad descreída, que no se renueva en actuar y balbuce un deseo de algo más grande.

Y les daría –si me lo permiten, después de dármele a mí mismo– un consejo: Miren cómo está Dios enamorado de la sencillez y de la paz, de la verdad de nuestras personas como seres humanos, necesitados. Pídanle esta noche al

Señor: poder adorar a Dios, porque queremos esta gracia especial en Navidad. Que el Señor nos conceda la gracia de la Nochebuena. Feliz Navidad.

FAMILIA: VOCACIÓN AUTÉNTICA Y PROFUNDA

Escrito dominical, el 30 de diciembre

En esta Navidad saludo con alegría a todas las familias de Toledo, deseándoles la paz y el amor que Jesús nos ha dado al venir a nosotros en su nacimiento. En este último domingo de 2018 celebramos, en efecto, la fiesta de la Sagrada Familia. Una fiesta bien interesante en la Navidad.

En el Evangelio no encontramos discursos sobre la familia, sino un *acontecimiento* que vale más que cualquier palabra: Dios **quiso nacer y crecer en una familia humana**. De este modo, la consagró como camino primero y ordinario de su encuentro con la humanidad. Son datos perfectamente comprobables: en su vida transcurrida sobre todo en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María, su madre, y al justo José, su padre adoptivo permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia, como puede verse en Lc 2, 51-52. A los que sois padres, y estáis preocupados por vuestros hijos, me gustaría deciros que esta narración del Evangelio pone de relieve, ante todo, el valor primario de la familia en la educación de la persona. Esta afirmación está constantemente rechazada por legisladores y gobernantes y puesta en discusión. ¿Porque razón afirmamos la importancia de la familia en la educación de los hijos? Hemos hablado de este tema en muchas ocasiones.

Veamos el caso de Jesús, aun siendo este Hijo alguien tan absolutamente singular. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la Sinagoga de Nazaret, escuela y aprendizaje religioso entonces. También con Jesús y María aprendió Cristo a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje del evangelio que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Este episodio de la vida de Jesús adolescente revela así la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios del plan que ha preparado para él.

Por eso no entiendo cómo padres católicos, que son capaces de aceptar que sus hijos sean bautizados, luego aceptan tranquilamente que sus hijos sean “educados” (mal educados) en lo fundamental de la vida moral por los que son *necesariamente secundarios* en la educación de sus hijos, sean el Estado, el Gobierno de España, de la Comunidad Autónoma o de aquellos profesores de colegios e institutos que, sin ningún derecho, violan sin empacho alguno la conciencia de los que les ha sido confiado; ya sean en centros de iniciativa

pública o privada. La Constitución Española, repito una vez más, en su artículo 27 & 3 lo muestra con la claridad suficiente.

María y José educaron también a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció Él toda la belleza de la fe, del amor de Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor. De ellos aprendió Jesús que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre. No entiendo tampoco que los padres cristianos estén tan adormecidos en este campo de la educación de sus hijos y acepten callados que, de nuevo, un gobierno de la nación apruebe una reforma de la Ley de Educación sin contar con nadie, sean partidos políticos, sean Consejo Escolar del Estado y otras organizaciones de padres. Me pregunto si estamos retrocediendo otra vez a tiempos donde gobiernos fascistas o comunistas, en cualquier caso, dictatoriales, legislaban sin tener en cuenta a los ciudadanos. ¡Qué decepción!

No renunciéis, padres, a vuestra vocación y misión en la sociedad y en la Iglesia. Quisiera invocar para ustedes, familias cristianas, la protección de María y José, sobre todo sobre las que se encuentran en dificultades. Que ellos les sostengan, para que resistan a los impulsos disgregadores de cierta cultura contemporánea, que socava las bases mismas de la institución familiar. Que ellos ayuden también a las familias cristianas a ser, en nuestra sociedad, imagen viva del amor de Dios.

II. HOMILÍAS

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

S. I. Catedral Primada, 8 de diciembre

El dogma de la Inmaculada es un regalo. Y así se vive en el Pueblo cristiano, porque despierta en muchas personas un sentimiento de alegría. ¿Qué vemos en esta fiesta? ¿Qué intuimos? Sin duda, un sentimiento de victoria definitiva sobre el mal; pero también un consuelo presente, ya que, en Ella, en la Madre del Señor, está realizado lo que nosotros realizaremos. Por eso, reitero, el Pueblo cristiano ha sentido siempre esta fiesta de la Inmaculada Concepción de María como algo muy cercano y muy profundo.

Yo creo que, además, intuimos la respuesta a muchos interrogantes profundos en nuestra vida, así como el consuelo de muchos fracasos y el fundamento de muchas esperanzas. Y la razón está en que la figura resplandeciente de Santa María la Virgen, libre de todo pecado, es para nosotros un hermoso ideal de vida, un motivo firme para luchar contra el poder del mal, ante todo, dentro

de nosotros. Pero también es estímulo en nuestras acciones y actuaciones en las instituciones y el tejido real de la vida social.

Acontece en nuestra sociedad algo sorprendente: en medio de la mediocridad de nuestras costumbres y el poco nivel moral de nuestras acciones, somos atraídos por lo puro, lo bueno, lo correcto y lo ejemplarizante. A mí no me extraña, pues, que la gente joven y despierta, que quiere de verdad encontrar su camino y llegar a ser una persona estimable y valiosa, quiera mirarse en el modelo de la Virgen María y acudir a ella con amor y confianza. Por supuesto, que en nuestro mundo existe también lo sucio, lo feo, lo chabacano, lo soez y de mal gusto que irrita, en el fondo, al ser humano.

La Virgen Inmaculada es, así, el gran signo que Dios ha querido poner delante de nosotros para que sea el estandarte que abra el camino de nuestra marcha. Ella es inocencia, bondad, fortaleza, generosidad y armonía; Ella es el principio de la humanidad renovada y rehecha por Cristo, como nos dicen las lecturas de esta fiesta. Su vida fue como un agua clara que baja de la montaña de la Trinidad sin ninguna contaminación de pecado. Por obra de Dios misericordioso, la Virgen María es el inicio de la nueva creación en la que Dios quiere que todos ingresemos por la puerta de la fe y del Bautismo, de la vida cristiana y del crecimiento espiritual. Ella es en miniatura la humanidad recreada tal como Dios quiere que todos seamos a partir de la redención de Jesucristo, en justicia y santidad.

Pero tenemos que darnos cuenta de que esta maravilla de la nueva humanidad no aparece en la Virgen María mecánicamente, ni entre algodones y blanduras. La Virgen María es tierna, pero no blanda. Por dentro es toda decisión y fortaleza. Es verdad que tuvo desde el principio la gracia de Dios, pero sin duda que en aquel mundo suyo le costaría un martirio despegarse de las creencias y comportamientos más comunes de su época para seguir las inspiraciones que el Señor le iba descubriendo y pidiendo desde el fondo de su alma.

La Inmaculada, en tantas imágenes y pinturas la vemos representada con el dragón o la serpiente bajo sus pies, para decirnos que diablo y el pecado han sido vencidos por su inocencia. ¿Cuál es el dragón de la hora presente? ¿Dónde está el poder del mal y del demonio en nuestro mundo? Seguro que lo podemos ver en mil situaciones, ideas y comportamientos. Pero, en resumidas cuentas, siempre será desconfianza contra Dios, seducción por las cosas de este mundo y, en definitiva, adoración de nosotros mismos.

Cosas como éstas nos impiden ser buenos cristianos y se adentran en la entraña de nuestras familias y de nuestra sociedad. Os invito, pues, hermanos, que con la ayuda de la Virgen María nos propongamos ser un poco mejores y, así, poner los fundamentos de una manera nueva de vivir que fuera un modelo nuevo de vida personal, familiar y social para los hombres y mujeres de buena

voluntad, cansados tal vez de vidas vacías y sin sentido.

No es fácil la propuesta, pues para ello tenemos que seguir los pasos de la Virgen Inmaculada: llenarnos de la gracia de Dios, sentirle a Él cerca de nosotros, escuchar su Palabra, guardarla en nuestro corazón, obedecer su llamada, hacer siempre lo que Cristo nos diga en la intimidad de nuestra conciencia. Lógicamente el Espíritu Santo ha de venir sobre nosotros y darnos la fortaleza que nos falta en nuestro corazón para vivir de acuerdo con Jesucristo, anunciando su Reino con obras y palabras.

¿Cómo conseguir este nivel de fe, si alimentamos nuestra vida sólo con los criterios que circulan por nuestras calles? Necesitamos alimentarnos nuestra vida con la palabra y los criterios de Jesucristo, para tener bien dispuesto el corazón como la Virgen María.

No podemos aceptar los ideales paganos de vida que respiramos continuamente. Empleando tiempo y la vida en hacer el bien a los demás en nombre del Señor, nos acercaremos a la respuesta de la Virgen Inmaculada. A Ella dirigimos nuestro corazón en esta fiesta de optimismo y confianza. Si Ella está con nosotros podemos vencer la fuerza del pecado en nuestra vida y vernos iluminados por el fulgor de la gracia de Dios.

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS Y PRESBITEROS

S. I. Catedral Primada, 16 de diciembre

Queridos hermanos:

Comparto con vosotros, padres y familia de los ordenandos, presbíteros y diáconos, la alegría de este día, domingo *Gaudete*, en seréis ordenados. Pero también lo comparto con las parroquias donde habéis nacido o en las que estáis trabajando; con los sacerdotes y tantos cristianos que os han ayudado en vuestra formación. Felicidades a la Iglesia entera de Toledo. He aquí la razón que esta ordenación sea en la Catedral, casa de esta familia eclesial.

Pero se alegra también el Seminario Diocesano, y mucho. Traigo a mi memoria esa escena del Evangelio cuando “Jesús subió a la montaña, llamó a los que quiso y se fueron con Él” (Mc 3, 13). Un Seminario significa que hoy el Señor sube a la montaña y llama a los que quiere, y se dejan llamar y responden a la voz del Único Pastor. Felicidades, pues, Seminario.

Es bello ver hoy jóvenes que se apresuran a seguir la llamada de Cristo: ¡quiero que seáis pescadores de hombres! ¡Es bueno, por ello, saber que Dios también hoy es el Dios que “alegra mi juventud”, como dice el texto griego del Salmo 43,4, que entusiasma a los jóvenes y suscita en ellos el deseo de tirar por tierra las redes de la vida burguesa, de suscitar la búsqueda de otros tesoros

enormes, para que llevéis, a su vez, este Dios a los demás! ¡Es bello constatar hasta qué punto la Iglesia permanece siempre joven y se alegra sin cesar en los jóvenes! Lo ha dicho el Papa Francisco tantas veces y lo ha dicho el Sínodo recientemente. Los jóvenes pueden traer al mundo de la fe, a la Iglesia entera, una época nueva, ideas nuevas, experiencias y conocimientos nuevos. Lo pueden hacer en tantas, tan variadas y estupendas vocaciones que en la Iglesia florecen al matrimonio, a la vida consagrada, al sacerdocio o al diaconado; también al testimonio de Jesús en la vida pública y en la misión “ad gentes”.

En la Iglesia todos somos necesario y tenemos una dignidad común. El Concilio Vaticano II es contrario a la tendencia de identificar la Iglesia con los obispos, los sacerdotes y los diáconos (cfr. *Lumen Gentium*). La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, su Esposa, su Pueblo, y en él existen todas las vocaciones que, todas, está para el bien común de todos. Esta vocación de obispo, sacerdote o diácono no está, pues, separada de la vida de la Iglesia entera. ¿Cuál es, según la fe católica, la diferencia, por ejemplo, entre los fieles laicos y la vocación al sacerdocio de Cristo? Todos los hijos de la Iglesia rezan, pueden bendecir los padres a los hijos, dar testimonio de la fe, enseñar la doctrina cristiana, formar la fe propia y la de otros, vivir la caridad de Cristo. Parecen que hacen lo mismo materialmente que los sacerdotes, pero estos lo hacen sacramentalmente. ¡Ah! Sacramentalmente quiere decir que re-presentan a Cristo, y actúan en su nombre como Cabeza de la Iglesia, y quiere decir también que llevan a cabo acciones salvíficas de Cristo, que otros fieles cristianos no pueden realizar.

Sin embargo, estas acciones sacerdotales no están ligadas directamente a la santidad personal del Obispo, sacerdote o diácono. En los Sacramentos Cristo actúa infaliblemente, incluso si el sacerdote es pecador. Y esto es una garantía para todo el Pueblo de Dios, al actuar en nombre de Cristo Cabeza. No digo que la vida santa de un sacerdote no tenga importancia; es más, normalmente Cristo da mayor vigor a su gracia cuando el sacerdote es verdadero testigo del Señor y conforma su vida a la de nuestro Salvador. El Obispo y el presbítero o sacerdote han de ser *pastores*; y *no es pastor cualquiera*; tiene que tener un corazón de pastor que haya ido madurando durante años en el *semillero/ seminario* concreto, no según su criterio.

Pastor no es solo el anuncia el Evangelio, denuncia o cumple incluso escrupulosamente con su deber de manera fría. Un pastor es el que, habiendo conocido a Cristo pastor y por Él llamado, da la vida cada día por los suyos, sus ovejas. Es aquel que trabaja sin horario, que no solo programa, sino el que vive cada día buscando más el bien de sus fieles, y buscando nuevas oportunidades de pastores ante nuevas situaciones, y menos los círculos estrechos del clericalismo.

En el precioso y breve pasaje de Mc 3,13, con el que empezaba la homilía,

cada palabra está cargada de significación. Jesús sube a la montaña. Él ha amado las montañas de Galilea, como ha amado el Lago, las flores de los campos y los pájaros del cielo. Él ha amado la Creación, porque ella es su Palabra que toma figura, y es reflejo del misterio divino de don que Él ha traído para nosotros. Pero el hecho de que la llamada haya tenido lugar en la montaña indica que hay algo más aún. La montaña es el lugar de la oración de Jesús. Es el lugar de su soledad, de su coloquio con el Padre. Expresa la altura, la elevación interior más allá del aprisionamiento en las cosas de la vida cotidiana. La vocación de los discípulos nace del diálogo de Jesús con el Padre. Vosotros no habríais podido recibir esa llamada, si no hubierais efectuado esta ascensión interior en compañía de Jesús. Si queremos encontrar la vocación a la que Dios nos llama, si queremos acogerla y llevarla a la madurez, debemos encontrar la montaña de Jesús: la amistad con Él, la libertad respecto a la vida de todos los días, no en momentos esporádicos a golpes de emotividad, la paz, la acogida, el diálogo con el Dios vivo. Debemos conseguir esta transparencia y esta altura donde la voz de Jesús se puede escuchar.

“Y llamó junto a Él a los que quiso”. Esto acontece también ahora: llamó a los que quiso. El sacerdocio sólo es posible si uno se dispone a oír su voz. Reposa sobre una relación dialogal. Eso sí: depende de la iniciativa de Cristo. El texto de Mc es aquí muy insistente: Él llamó a los que quiso, y no simplemente a los que lo deseaban.

En este sentido, no existe derecho a ser sacerdote ni para los hombres ni para las mujeres. No se puede escoger el sacerdocio como se escoge cualquier otra profesión. Uno es escogido por Cristo para esta tarea. El derecho al sacerdocio no está en la lista de los derechos del ser humano y nadie lo obtiene porque proteste o se manifieste en su favor. Hay que decirlo así, no sea que algún gobierno legisle al respecto, creyendo que de este modo consigue una discriminación menos en nuestra sociedad, tan dispuesta a que se reconozcan derechos y pocos deberes.

Hay un cierto paralelismo entre los sacerdotes y Juan el Bautista, el Precursor de Cristo: exigimos que el que tenga dos túnicas comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo. Deberemos decir a muchos que no exijan más de lo establecido, o que no hagan extorsión a otros ni se aprovechen de nadie con falsas denuncias. Pero esas exigencias no parten de nosotros. Nosotros las hacemos presentes porque lo quiere Cristo. No somos nosotros los que con “crescida soberbia” exijamos muchas cosas porque así se me obedece a mí, que soy en enviado de Cristo. No, soy precursor, que pongo en contacto, con la fuerza del Espíritu Santo, lo que quiere Jesús, procurando ir delante con el ejemplo y la mansedumbre del apóstol. Yo quiero que todos sean bautizados en aguas y en Espíritu, pero es el Espíritu Santo quien en realidad bautiza con el fuego del amor de Cristo.

A los que vais a ser ordenados presbíteros y diáconos, se os abre un horizonte inmenso, capaz de llenar vuestra vida. Es precioso colocar en ese horizonte la entrega voluntaria de vivir vuestra sexualidad, diáconos, como célibes que ofrecéis vuestras personas en amor indiviso a Cristo, que siempre vendrá en vuestro descanso para el cansancio, haciendo que vuestro amor no quede solo en el bello ámbito del matrimonio, sino que salga de vosotros hacia tantos que necesitan el amor crucificado de Cristo.

Y os digo también a vosotros, presbíteros, que es precioso ser sacerdote: ser pastor es orar mucho, tener alegría, vivir la liturgia de la Iglesia, celebrar sobre todo la Eucaristía, estar disponibles para perdonar los pecados en nombre de Cristo y hacer discípulos. Pero es también organizar la pastoral de la Iglesia, dar cancha a los fieles laicos y consagrados, acoger a los que vienen y salir a buscar a los lejanos. Y sentirse miembros de este Presbiterio, al que sois agregados, cooperar desinteresadamente en la acción pastoral, tener el corazón a las necesidades de los más pobres, vivir y hacer vivir la caridad de la Iglesia, estar disponible, sentirse parte de un todo, vivir la Iglesia Madre que nos da a Cristo, estar cercano a todos y cuidarse para Cristo y los demás, ser alegría, fortaleza y estímulo para los que están a tu lado, aceptar la vida con sus dificultades sabiendo que todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Alegraos con la hija de Sion; se nos invita a todos a regocijarnos y a disfrutar con todo nuestro ser. En esta hija de Sion, Santa María, está el Señor Jesús. Se nos dice que no temamos mal alguno, que nos alegremos como en día de fiesta: llega el Señor y lo encontramos en María. Nos alegramos de encontrarlos también en vosotros, amados de Dios, elegidos por Cristo para bien de la Santa Iglesia, la Esposa de Cristo, siempre vuelto a nosotros. Que así sea.

NATIVIDAD DEL SEÑOR

S. I. Catedral Primada, 25 de diciembre

Feliz Navidad a cuantos celebráis esta Eucaristía en la Catedral. Tal vez muchos celebrasteis anoche la Misa de medianoche y escuchasteis el precioso relato de san Lucas sobre el nacimiento de Jesús en un lugar apartado, mitad cueva, mitad establo, del lugar común de Belén, a donde habían llegado María y José desde Nazaret. En el evangelio de la tercera misa de Navidad (Jn 1,1-18) parece que todo lo que es amable y familiar se ha alejado a la extraña dimensión del misterio. Aquí no se habla ya del Niño ni de la Madre, no se dice nada de los pastores y de sus ovejas, nada del cántico de los ángeles, que anuncian la paz partiendo de la gloria de Dios.

Pero también el evangelio de hoy habla de una luz que ilumina en las ti-

nieblas; habla de la gloria de Dios que nosotros podemos contemplar, como gracia, en el Verbo hecho carne, y habla del Señor que no fue aceptado en su propiedad o en los que eran los suyos. Aunque las palabras sean distintas y más misteriosas, aparece también el establo en el que el hijo de David debía nacer, puesto que no había lugar para Él en la ciudad, en la sociedad.

Así que, si se examina con profundidad las cosas, se reconoce que en este evangelio ahora proclamado no habla de otra cosa que de lo que hablan los evangelios de las misas de nochebuena. Sólo que parten de distintos puntos de vista. San Lucas y, de un modo semejante, san Mateo cuentan la historia terrena y nos descubren, a partir de ahí, el acceso a la actuación misteriosa de Dios. San Juan, como un águila, contempla todo a partir del misterio de Dios y muestra cómo llega hasta el pesebre, hasta la carne y la sangre del ser humano. Así, pues, ¿de qué se trata propiamente? ¿Qué es lo que pretende decirnos la Iglesia para el día de Navidad y, partiendo de ahí, para todo el año, y, en definitiva, para nuestra vida, al presentarnos este texto tan solemne en lugar del cálido relato del nacimiento?

Lo primero que hay que decir es que este evangelio del prólogo de san Juan corresponde, desde los tiempos más antiguos, a la liturgia de la Navidad, porque contiene la frase que nos ofrece la causa y el motivo de nuestra alegría navideña, el contenido propio de la fiesta: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (1,14). Y es que en Navidad no celebramos el día natalicio de un hombre grande cualquiera, como los muchos que existen. Tampoco celebramos simplemente el misterio de la infancia o de la condición de niño, como gusta decir a nuestra sociedad.

Ciertamente que lo puro y abierto del niño nos hace esperar, nos proporciona esperanza. Nos da ánimos para contar con nuevas posibilidades. Pero si nosotros nos aferramos demasiado a esta idea, al nuevo comienzo de la vida que se da en el niño, entonces lo único que podría quedar en definitiva sería la tristeza: porque también esto “nuevo” acaba por hacerse viejo y usado. También el niño entrará en el campo de la competencia y de rivalidad de la vida, participará de sus compromisos, y acabará siendo, igual que todos, presa y botín de la muerte.

Si nosotros no tuviéramos en Navidad otra cosa que celebrar que sólo el idilio del nacimiento de un ser humano y de la infancia, entonces en último extremo no quedaría nada de tal idilio. Entonces nada tendríamos que contemplar más que el morir y volver a ser; entonces cabría preguntarse si el nacer no es algo triste, puesto que sólo lleva a la muerte. Por eso es tan importante observar que aquí ha ocurrido algo más: el Verbo se hizo carne.

“Este niño es hijo de Dios”, dice un villancico navideño. Aquí sucedió lo tremendo, lo impensable y, sin embargo, también lo siempre esperado: Dios vino a habitar entre nosotros. Él se unió tan inseparablemente con el hombre,

que este hombre es efectivamente Dios de Dios, luz de luz y a la vez sigue siendo verdadero hombre.

Éste es el eterno sentido de la Navidad: se puede contemplar e incluso tocar al Verbo de Dios (cf. Jn 1,1). Pues lo que san Juan denomina “la Palabra”, el Verbo, significa en griego al mismo tiempo algo así como *el sentido*, como si tradujéramos: *El sentido se ha hecho carne...* El sentido nos conoce, nos llama, nos conduce, nos da sentido a nuestra vida. Cristo está pensado para cada uno de nosotros de una manera totalmente personal. Él mismo es una persona: el Hijo del Dios vivo, que nació en el establo de Belén.

A muchos hombres y mujeres tal vez les parezca esto demasiado hermoso para que sea verdadero, pero lo que aquí se nos dice es que existe un sentido, y el sentido tiene poder. Es Dios. Y Dios es bueno. Dios no es un ser sublime y alejado, al cual no se puede llegar. Se halla totalmente próximo, al alcance de la voz, y se le puede alcanzar siempre. Él tiene tiempo para mí, tanto tiempo que hubo de yacer en un portal y que permanece siempre como hombre.

Pero nos volvemos a preguntar: ¿puede ser esto verdad? ¿Se amolda efectivamente a Dios el ser o hacerse niño? No queremos creer que la verdad es hermosa; pues según nuestra experiencia, la verdad es, por lo general, cruel y sucia: y cuando alguna vez parece que no lo es, entonces horadamos y cavamos en torno a ella hasta confirmar nuevamente nuestra sospecha.

Lo que sucede es que nosotros con frecuencia nada queremos saber de Dios. “Los suyos no le recibieron” (1,11). Al fin de cuentas, nosotros preferimos nuestra terca desesperación a la bondad de Dios, la cual, partiendo de Belén, podría tocar a nuestro corazón. Y es que somos demasiado soberbios para dejarnos salvar y redimir.

“Los suyos no le recibieron”; el abismo de esta frase no se agota con la historia de la búsqueda de alojamiento por parte de José y María, que nuestros nacimientos representan y actualizan con tanto amor. Tampoco se agota con el llamamiento moral a pensar en los que no tienen techo o los inmigrantes, por muy importante que se esa llamada. Esta frase apunta a algo más profundo de nosotros, a la causa más profunda de que la tierra no ofrezca a tantos ningún cobijo o techo: nuestra soberbia cierra las puertas a Dios y de esa manera también a los hombres y mujeres.

Somos demasiado orgullosos para ver a Dios. En el fondo nos ocurre lo que a Herodes, o a los que no escuchan el canto de los ángeles, porque no quieren ser molestados por Dios, sino pertenecer sólo a sí mismo. Por eso no queremos recibir a Aquél que viene a los suyos, porque entonces tendríamos que transformarnos y reconocerle a Él como nuestro dueño, como el Señor.

Él vino como niño para quebrar nuestra soberbia. Pero Él no busca nuestra capitulación, sino nuestro amor. Él quiere librarnos de nuestra soberbia y así hacernos efectivamente libres. Dejemos, pues, que la alegría tranquila de

este día penetre en nuestra alma. Ella no es una ilusión. Es la verdad. Pues la verdad, la última, la auténtica, es hermosa. Y, al mismo tiempo, es hermosa. El encontrarse con ella hace bueno al ser humano. Ella habla a partir del Niño que ha nacido, el cual, sin embargo, es el propio Hijo de Dios.

Por eso, nuestro evangelio desemboca en la frase: “Y vimos su gloria...” (1,14). Estas podían ser las palabras de los pastores, al regresar del establo y resumir sus vivencias. Podían ser las palabras de José y María al describir los recuerdos de aquella noche de Belén. Quiera Dios que sean las nuestras, las que pudiéramos decir nosotros, los cristianos hoy: hemos visto su gloria. El que cree, ve. ¿Pero hemos visto nosotros? ¿No estamos todavía un poco ciegos? Dejemos que nuestros ojos sean abiertos por el misterio de este día y así podamos ver. Y así podremos ver como personas que ven. Así podremos también nosotros ser portadores de la luz que procede de Belén y luego decir, llenos de confianza: que venga tu Reino, que venga tu luz, que venga tu alegría. Amén.

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad Cofradía de «La Santa Vera Cruz», erigida canónicamente el 5 de octubre de 1998, y con domicilio social en la Iglesia parroquia] del “Santísimo Sacramento”, Plaza del doctor Cifuentes, s/n, 45500 TORRIJOS (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Hermandad Cofradía de «La Santa Vera Cruz» de TORRIJOS (Toledo), según la nueva redacción aprobada en Asamblea General y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar el culto a Nuestro Señor Jesucristo en los Misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 10 de diciembre de 2018.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la solicitud presentada, con fecha del cinco de diciembre ppdo, por María Milagrosa Pérez Caballero, superiora de las «Hijas del Amor Misericordioso», Asociación Pública de Fieles erigida y aprobados sus Estatutos por Decreto del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid, el día 27 de noviembre de 2007, por el presente,

DECRETO

Damos nuestra autorización, a tenor del canon 312 §2 del Código de Derecho Canónico, para que pueda erigirse una sección de la Asociación de las “Hijas del Amor Misericordioso” en nuestra Archidiócesis, en la localidad de OCAÑA (Toledo), calle Mártires, 2, donde desarrollen su carisma y misión evangelizadora en conformidad con sus Estatutos.

Así mismo, concedemos nuestra licencia para que en dicho domicilio, se establezca un Oratorio en el que se pueda celebrar la Santa Misa y reservar y venerar la Santísima Eucaristía, observadas fielmente las disposiciones canónicas (cc. 1223-1225 y 938) y las normas litúrgicas vigentes.

Dese traslado a la Asociación el presente Decreto junto con un ejemplar de sus Estatutos compulsado, y guárdese otro en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo a 14 de diciembre de 2018.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

II. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 4 de diciembre:

- M. I. Sr. D. Juan Pedro Sánchez Gamero, Archivero-Bibliotecario del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- M. I. Sr. D. Juan Pedro Sánchez Gamero, Responsable del Patrimonio artístico y cultural del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- M. I. Sr. D. Francisco Javier Hernández Pinto, Obrero Mayor del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Gerardo Ortega Gutiérrez, Administrador Capitular del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Jesús Martín Gómez, Responsable de la Pastoral del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- M. I. Sr. D. Tomás Ruiz Novés, Maestro de Ceremonias del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- M. I. Sr. D. Francisco María Fernández Jiménez, Representante del Cabildo en el Colegio de Nuestra Señora de los Infantes.
- Ilmo. Mons. José Antonio Martínez García, Responsable de la acción caritativa del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Juan Manuel Sierra López, Responsable de la basílica de Santa Leocadia del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Juan Díaz-Bernardo Navarro, Responsable de la Visita Cultural del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Miguel Sánchez Torrejón, Secretario del Cabildo de la S. I. Catedral Primada.
- Ilmo. Mons. Juan Manuel Sierra López, Consiliario de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Vega, de Toledo.
- Ilmo. Mons. Jesús Martín Gómez, Consiliario de la Hermandad de Nuestra Señora del Sagrario, de Toledo.

Con fecha 13 de diciembre:

- Rvdo. Sr. D. Amancio Chico Jiménez, Capellán de la Residencia para personas mayores “Virgen del Prado”, de Talavera de la Reina.
- Rvdo. Sr. D. Juan Triviño Fernández, Archivero del Archivo diocesano histórico de la Curia Diocesana del Arzobispado de Toledo.
- Rvdo. Sr. D. Miguel Ángel Dionisio Vivas, Archivero adjunto del Archivo diocesano histórico de la Curia Diocesana del Arzobispado de Toledo.

Con fecha 17 de diciembre:

- Rvdo. Sr. D. Rafael García-Lajara García-Arroba, vicario parroquial de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Villafranca de los Caballeros.
- Rvdo. Sr. D. Víctor Carmena García-Bermejo, vicario parroquial de la parroquia de San Eugenio Mártir, de Argés.

Con fecha 26 de diciembre:

- Rvdo. Sr. D. Agustín Sánchez Galocha, Profesor adjunto a Cátedra en el Instituto Superior de Estudios Teológicos “San Ildefonso”, de Toledo.
- Dr. D. José Antonio Calvo Gómez, Profesor invitado del Bienio de Historia en el Instituto Superior de Estudios Teológicos “San Ildefonso”, de Toledo.

III. SAGRADAS ÓRDENES**SANTA IGLESIA CATEDRAL PRIMADA**

16 de diciembre de 2015.

11 de la mañana.

Ministro: Excmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza.

DIACONADO

1. José Santiago Casas Lara,
 2. Juan García del Rincón Miranda,
 3. Javier Sola García,
- todos diocesanos.

PRESBITERADO

1. Víctor Carmena García-Bermejo,
 2. Rafael García-Lajara García-Arroba,
- todos diocesanos.

IV. MINISTERIOS SAGRADOS

Capilla del Seminario Mayor “San Ildefonso”.

15 de diciembre de 2018.

7 de la tarde.

Ministro: Excmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza.

MINISTERIO DE LECTORADO

1. Roberto del Cerro Aguado,
2. Marcos Luchoro Jiménez,
3. Esteban López Larraechea,

4. Felipe Alberto Vergara Vial,
todos diocesanos.
5. César John Caparachin Villaverde,
con legítimas letras dimisorias del Excmo.
Sr. Obispo de Ayaviri (Perú).
6. Jean Jacques Nkondo Mubamba,
con legítimas letras dimisorias del
Excmo. Sr. Obispo de Kabinda
(República democrática del Congo).
7. Rafael Salgado Sánchez,
de la Confraternidad de Operarios del Reino
de Cristo, con legítimas letras dimisorias de
su Director General.

MINISTERIO DE ACOLITADO

1. Álvaro de Riba Soler,
diocesano.
2. Ángel Andrés Gálvez Román,
3. Miguel Ángel Marín Serna,
4. Enrique Sánchez Torres,
de la Confraternidad de Operarios del Reino
de Cristo, con legítimas letras dimisorias de
su Director General.

V. NUESTROS DIFUNTOS

-D. Santiago López Canto. Nació en Alcabón el 25 de julio de 1941. Se ordenó el 25 de julio de 1970. Su primer destino fue Coadjutor de Mora. En 1973 fue nombrado Ecónomo de Navalcán. Tras ocho años fue trasladado a Carpio de Tajo. Seguidamente prestó misión en Chile hasta 1992. A su vuelta fue nombrado Párroco de Recas. En 1993 fue nombrado Párroco “in solidum” y Moderador de la Parroquia de san Andrés de Talavera de la Reina. Después va como misionero a Perú. A su vuelta es nombrado Administrador parroquial de Velada para ir seguidamente a Cobeja. Durante este periodo fue Director del Secretariado de Migraciones y Pastoral Gitana. En el año 2007 vuelve a Perú. En el año 2009 regresa a España y es nombrado Adscrito de Santa María la Mayor de Talavera de la Reina residiendo en la Casa de la Iglesia de Talavera. Falleció el 17 de diciembre de 2018. Se celebraron sus exequias en Alcabón el 18 de diciembre recibiendo cristiana sepultura en el cementerio de su pueblo natal.

